

el espejo mágico de

GABRIEL GARCIA MARQUEZ

por Raphael Sorin

"Cien años de soledad", la novela del colombiano Gabriel García Márquez, ha obtenido un inmenso éxito popular en América Latina. Ahora, es traducida al francés (1). García Márquez nació en 1928 en Aracataca, una población de Colombia que, bajo el nombre de Macondo, sirve de marco a su novela. Después de haber hecho muchos oficios, tocado la guitarra, y haber escrito para el cine, García Márquez vive ahora en Barcelona (2).

Como los mejores escritores de su generación, como Severo Saráez, Carlos Fuentes o Vargas Llosa, García Márquez quedó fascinado por la historia del continente latinoamericano, opacada por la cruz, y luego por el dolor. "Cien años de soledad" es una inmensa parábola, toda llena de mitos y de cátedras acumuladas. Para quien guste de la literatura de la literatura occidental, esta voluminosa novela tendrá los poderes y los encantos de las interminables historias de califas o de caballeros que no deberían nunca terminarse.

—¿Es "Cien años de soledad" su primera novela?

—Escribí, primero, cuatro libros que no tuvieron mucho éxito. Desde el segundo, cometí el error de ir contra mi temperamento y de olvidar los libros que más quería, los cuentos orientales y las novelas de caballería españolas. No descri-



bía, entonces, sino una pequeña parte de la realidad latinoamericana, creía en el realismo y en el compromiso político del escritor. Con "Cien años de soledad", he descubierto las fiestas de la imaginación y gané, al mismo tiempo, la alegría de escribir y la de ser leído.

—Con usted, el lector entra directamente en un mundo donde, como usted mismo dice, "los tapetes vuelan, los muertos resucitan", pero donde, también, todo se desarrolla según una lógica impenetrable. En Macondo, la extraordinario se ha transformado en lo cotidiano.

—Creo que, si se sabe ver, lo cotidiano puede devenir extraordinario. La realidad de todos los días es mágica, solamente que las gentes han perdido su candidez y no le prestan atención. Descubro en todos partes correspondencias inauditas. Los hechos se siguen según un orden secreto que

no esfuerzo en reproducir. Con "Cien años de soledad" procedí intuitivamente. Cuando un acontecimiento de la vida real me significaba algo, ensayaba integrarlo al conjunto del libro. Si el inserto no triunfaba, renunciaba a mi descubrimiento y buscaba otra cosa.

Sucedió, en efecto, con un libro donde el menor mecanicismo fuera esencial al buen funcionamiento del conjunto, donde ninguna línea fuera inútil. Es por esto por lo que encuentro que "Edipo Rey" es una obra ejemplar que tiene la perfección de un corazón de metal. No se le puede quitar nada sin detener enseguida el edificio entero.

Y para mí la literatura es un juego muy simple del cual hay que aceptar todos los reglas. Desde que desde el primer capítulo de "Cien años de soledad" el lector decida jugarse hasta el final. El debe estar listo a admitir eso que le cuento si quiere instalarse en la adoración. Si no, que haga lo que ya mismo haga con los libros que no me gustan desde sus primeras páginas, se tira la novela, y se termina todo.

—Usted se toma grandes libertades con el tiempo y con el lenguaje. ¿Esto hace parte de las reglas que usted quiere imponer?

—No tuve ninguna problema en reemplazar el espacio real de mi pueblo natal, Aracataca, por el espacio imaginario donde viven los habitantes de Macondo. Por el contrario, el tiempo me dio una multitud de problemas. Había ya escrito muchos capítulos de la novela cuando me di cuenta que no era enteramente libre de imaginar lo que quería. En fin, pronto supe que lo que me molestaba era el tiempo convencional en el cual los acontecimientos se desarrollaban. Luego de los meses, quemé el calendario.

Para crear el tiempo poético que deseaba, me serví de muchos procedimientos: mis personajes envejecen o rejuvenecen, hacen guerras e inmutables hijos, y los numerosos objetos que utilizan pueden difícilmente ser fechados con precisión. La novela puede durar tanto cien años como un solo segundo. La cronología que inventé fue no sus propias leyes imaginarias. Ese tiempo nuevo está hecho de una serie de círculos que se agotan progresivamente. Al final, uno descubre que el libro se reanuda sobre el mismo, como un perro que se muerde la cola.

En "Cien años de soledad" se pueden distinguir tres grandes círculos: el del tiempo de la vida y de las maravillas, el de la guerra y las catástrofes, el de la magia y el destino. A cada ciclo corresponde un lenguaje particular. Ese trabajo sobre la escritura está ligado al problema del tiempo. Me pregunté con cuál lenguaje iría a narrar los acontecimientos que tienen lugar en Macondo. Y, luego, pensé en las historias que contaba mi abuela cuando era niño. La novela empieza con las palabras arcaicas que ella utilizaba. Enseguida paso a las expresiones propias de la provincia colombiana donde nací, y todo se acaba en un apocalipsis verbal: las palabras se desdibujan como la mantención, se disgregan y están para dar nacimiento a un lenguaje completamente fresco.

—¿A qué atribuye usted la audiencia excepcional que ha obtenido en América Latina con "Cien

años de soledad"?

Pasó algo muy curioso con la novela. Escribí para un pequeño público, algunos amigos que conocí desde hacía mucho. Después de su publicación, el libro hizo su carrera en el público culto y luego comenzó a adentrarse en el pueblo. A medida que atravesaba las diferentes capas de la sociedad, descubría en la novela significaciones diferentes que ni el círculo de mis amigos, ni los críticos más atentos no habrían podido ver jamás. De todas partes me escribieron para decir-



me que había sabido contar la historia de tal pueblo o de tal familia. Algunas gentes reconocieron en mis personajes la vida o los sueños de sus semejantes desaparecidos. Así, historias verdaderas, con frecuencia increíbles, están en la sucesiva ligadas por mí a esa novela.

Uno de mis amigos prestó "Cien años de soledad" a su sirvienta. Durante varios días ella rehusó trabajar porque quería saber lo que pasaba al final de la novela. He aquí por qué me leen. Los intelectuales buscan intenciones, visiones y un mensaje general. Las gentes del pueblo descubren un cuento que es el espejo mágico de su propia vida.

—¿Tiene usted una novela en preparación?

—Tengo suficientes imágenes en reserva para comenzar pronto otra novela (3). Una vida entera no sería suficiente para agotar un segundo de la historia de la América Latina. Me coge una alegría frenética cuando pienso que todo está por decir. Qué continente extraordinario, que ha podido dar hombres como Guayana o Camilo Torres! En América Latina se encuentran los seres y las cosas más inesperadas. Es necesario retroceder para ver en ella un poco más clara. Es por esto por lo que las escrituras de mi generación viajan tanto. Nos reencontramos más fácilmente en el extranjero, en los cafés de Saint Germain o en Barcelona. Las fronteras entre los países del continente latinoamericano están ya cayendo, todo el mundo se inclina hacia un fondo común, más allá de los particularismos. Y el mundo no es demasiado grande para nosotros.

NOTAS:

1) Ed. du Seuil. Traducida al francés por Carmen y Claude Durend. (Nota del autor).

2) Actualmente está de paso en Barranquilla. (Nota de V. D.)

3) Escribo "El otoño del patriarca". (Nota de V. D.)

● Esta entrevista de Raphael Sorin apareció en "Les nouvelles littéraires", el 20 de febrero de 1969. Traducción de V. D.

El espejo mágico de Gabriel García Márquez (entrevista)
[artículo] Raphael Sorin

AUTORÍA

García Márquez, Gabriel, 1927-2014

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El espejo mágico de Gabriel García Márquez (entrevista) [artículo] Raphael Sorin

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile